

México y de Jalisco, y Zaragoza tomaba en persona el cargo de las operaciones para batirlo. Su general en jefe mandó comisionados con una comunicacion, proponiendo que se le incluyera en los convenios celebrados en Guadalajara; pero Zaragoza los despidió manifestándoles, que muy sensible le era el derramamiento de sangre mexicana, pero que el honor nacional no le permitia entrar en tratados con gefes, oficiales y tropa que se dejaban mandar por el famoso asesino de Tacubaya.

A las pocas horas todo estaba concluido: Márquez emprendió una retirada imposible, y habiendo sido alcanzado por las fuerzas de Zaragoza, tuvo que prevenirse para resistir al subir las lomas de Calderon: Zaragoza, despues de un ligero reconocimiento, formó sus columnas de ataque, y cuando éstas avanzaban, habiendo observado que las fuerzas contrarias entraban en desorden, mandó cargar á la caballería, con lo que aquellas corrieron precipitadamente, y la derrota de Márquez se consumó, escapándose él mismo y algunos otros gefes y oficiales, debido á la bondad y ligereza de sus caballos.

Decidida quedó con este hecho de armas la cuestion en el interior, y solo faltaba para el golpe de gracia, ocupar la capital de la República.

Zaragoza volvió á Guadalajara con objeto de apresurar la salida de las fuerzas, cuya marcha dispuso por divisiones, siendo la de México la primera que la emprendió, con orden de permanecer en Querétaro. Su general en jefe le informó lo conveniente que seria continuar hasta Toluca para preparar víveres y otros recursos al ejército cuando se aproximase á la capital, y Zaragoza se lo permitió, recomendándole mucho que estuviera siempre con las debidas precauciones.

En Querétaro supo el dia 10 de Diciembre, que esta division habia sido sorprendida y completamente derrotada en Toluca. Desde entonces previó que se emprenderia movimiento para atacarlo, y sin embargo que carecia de parque, porque aun venian á larga distancia los carros que lo conducian, hizo marchar todo el ejército hasta Arroyozarco, para donde salió el dia siguiente, y por su orden su secretario hasta el punto en que encontrara al general Ortega, quien, restablecido de su enfermedad, volvia para tomar el mando del ejército. “Dígale
“ V. al general Ortega, le instruyó al secretario, que me es-
“ pero, que Miramon, alentado con el triunfo obtenido en To-
“ luca, saldrá á batirme, y que yo no esquivaré el combate;

“ que ya sabe que casi no cuento con mas parque que el que
“ tienen los soldados en las cartucheras y la artillería en las
“ cajuelas; pero que yo no retrocederé, y sí bien, iré á su en-
“ cuentro, con cuyo objeto salgo hoy mismo para Arroyozarco.
“ Que de todas maneras, le suplico que violente su marcha,
“ más principalmente si considera que yo hago mal; pues en
“ este caso, es necesario que se apresure para tomar el mando,
“ y entonces él determinará y yo obedeceré lo que ordene.”

Gonzalez Ortega aplaudió la resolucion de Zaragoza y apresuró en efecto su marcha; pero no para variar el plan, sino para auxiliarlo en su ejecucion.

El 18 en la tarde llegó á Arroyozarco, y ya el 21 tuvo que ponerse en movimiento el ejército, porque en efecto, era ya indudable que Miramon marchaba con intencion de batirlo. Al bajar la cuesta de Calpulalpan, se encontraron en retirada las últimas fuerzas que en San Francisco se habian puesto avanzadas para observar al enemigo. Tiempo era, pues ya, de elegir el campo para presentarle accion, y éste lo fué en un llano que está, pasado el rancho de San Miguel.

Colocadas nuestras fuerzas y recorrida la línea por el general Gonzalez Ortega, le pareció algo desfavorable la posicion de la ala izquierda; pero era tal la confianza que tenia de Zaragoza, que despues de la conferencia que con él tuvo, acordó solamente reforzar aquel flanco, encomendado al mismo Zaragoza, convencidos ambos que por allí cargaria el enemigo con mayor fuerza. Así sucedió en efecto al dia siguiente; pero á la vez que Ortega arrollaba por la derecha la izquierda del enemigo, cargando con intrepidez para auxiliar á Zaragoza, éste resistia el vigoroso ataque que contra su línea se emprendió, y aun hacia avanzar fuertes columnas que vencieron tambien, siguiéndose el mas completo triunfo, que abrió las puertas de la capital de la República al ejército federal.

Desde la noche del 24 se libraron órdenes á Zaragoza para que se apresurara á ocupar la capital á fin de impedir los desórdenes que fundadamente se temian, supuesto que habian salido ya en fuga las pocas fuerzas que la guarnecian. Desde entonces quedó con el mando de las armas en la plaza, y todos presenciaron la actividad y energía que desplegó para contener los atentados que comenzaron á cometerse, y para lo que le fué preciso ordenar dos momentáneas ejecuciones en la misma plaza principal.

Despues se le encomendaron algunas espediciones que siempre desempeñó con acierto y actividad.

Separado Gonzalez Ortega del Ministerio de la Guerra, se le confirió al mismo Zaragoza, quien con este objeto fué llamado de Puebla, adonde se encontraba al frente de su division. En Abril comenzó á desempeñar ese importante puesto, en el que desde luego se hizo notar por la prudencia, aplomo y oportunidad de sus disposiciones, mas principalmente cuando, dejando á la capital en momentos de continuas y fundadas alarmas, sin guarnicion alguna, hizo salir violenta y ocultamente la fuerza toda que habia disponible, para reforzar la brigada Tapia, que de improviso cayó y venció el 20 de Octubre del año pasado en Pachuca, á las fuerzas reunidas de la reaccion, que acaudillaban Márquez, Mejía, Zuloaga y otros de sus principales gefes.

Del ministerio salió para encargarse en el ejército de Oriente del mando de una division, emprendiendo su marcha el 21 de Diciembre del mismo año, á la vez que la señora su esposa se encontraba sumamente grave. Zaragoza sabia bien que tenia que despedirse para siempre de aquella muger que idolatraba, pues los médicos ya le habian anunciado lo incurable de la enfermedad que padecia; pero no hizo la menor observacion á la órden de marcha que se le dió, y que le habria sido fácil retardar, supuesta la justificacion del motivo, y las consideraciones y el distinguido aprecio que le tenia el presidente de la República.

Como era de esperarse fué muy bien recibido en aquel ejército, en el que despues funcionó como su gefe, por haber sido ocupado en otra comision el general Uraga, que lo mandaba.

Los tratados de la Soledad celebrados con los comisarios de las tres potencias aliadas, dieron esperanzas de un arreglo pacífico, é infundieron por desgracia tal confianza, que se dispuso de una parte de aquel ejército para destinarlo á combatir los restos de la reaccion, y se pusieron en receso algunos cuerpos de la guardia nacional.

Zaragoza lamentaba la estraccion de fuerzas en su ejército, y con sentimiento veia que se le separaban á distancias en que tal vez, en caso ofrecido, no podria reunir las con la conveniente oportunidad; pero como era de su deber, obedecia las órdenes que sobre el particular se le espedian, limitándose á informar al supremo gobierno sus temores con respecto á la

mala fé que observaba por parte de los franceses, su juicio sobre ser inevitable la guerra, y la importancia por lo mismo, de que fuese atendido con preferencia y aumentado el ejército de Oriente.

Se llegó en efecto á confirmar la necesidad de la guerra con la resolucion tomada por los comisarios franceses el 9 de Abril, en cuya virtud se declararon rotos los tratados de la Soledad; y como se ha visto, para entonces el ejército de Oriente estaba bien disminuido. Sin embargo, Zaragoza se decidió á combatir, y si no hubiera sido por la escandalosa infraccion del artículo de aquellos tratados, que imponia á las fuerzas extranjeras la obligacion de retirarse á sus antiguas posiciones, antes de romper las hostilidades, Zaragoza les habria disputado, y quizá con buen éxito, el paso del Cerro del Chiquihuite, calificado por todos de fuerte para oponer una vigorosa resistencia.

Esta, pues, debió limitarse á otros puntos en el camino que emprendieran de Orizaba sobre la capital de la República. En aquellas circunstancias no faltaron quienes, sin embargo de su patriotismo y conocido valor, calificaran de imprudente y aun de temeraria, toda resistencia formal, opinando por la retirada del ejército hasta la capital, para reunir mayores fuerzas que presentar al enemigo. Zaragoza creyó que debia combatir con lo que tenia, sin desesperar del triunfo; así entendió que lo exigia el honor nacional, y no vaciló en ponerlo en ejecucion.

En las cumbres de Acultcingo se propuso disputar el paso al invasor, y le habria hecho de una manera mas seria, si el parte que se le dió de ser amagada su retaguardia por fuerzas considerables reaccionarias, no le hubiera obligado á hacer retroceder el ejército, abandonando los trabajos de la fortificacion pasajera que comenzaba á levantar.

Satisfecho de la poca exactitud de aquel aviso, regresó violentamente para ver lo que podia hacer con respecto al plan que se habia propuesto antes, y solo tuvo el tiempo preciso para improvisar la resistencia que opuso el 28 de Abril de este año, que si bien nunca fué con intencion de sostener y conservar el punto, ella bastó para probar la pericia del general, y el valor y arrojo de nuestras tropas. El órden que se guardó en el combate, y las providencias dictadas de antemano para la retirada, despues sostenida con la brigada de Oajaca si-

tuada convenientemente, siempre hará honor al general Zaragoza, que hizo comprender al soldado mexicano con aquel primer ensayo, que podia y debia medir sus armas dignamente con el disciplinado, aguerrido y siempre orgulloso ejército francés.

Y no era por cierto halagüeño el estado que guardaban nuestras tropas en aquellas circunstancias. Se necesitaba el temple de alma, la firmeza de carácter y el valor y entusiasmo de un hombre como Zaragoza, entregado todo al servicio de su patria, para aventurar el combate. Véase en comprobacion lo que me escribia el mismo dia 28, momentos antes de sostenerlo:

“Quedo impuesto por su grata fecha 26 del corriente, de las noticias que V. me comunica. Una de ellas es el regreso de la brigada de San Luis, que si mucho sorprende á V., mas me sorprende á mí, que con la tenacidad de un limosnero indigente, desde el 8 de Marzo estoy predicando al gobierno la mala fé de los franceses, la necesidad de que nos preparemos con tiempo, y el urgente envío de fuerzas respetables; pero quizá por imposibilidad no se me ha atendido, y hoy me encuentro á la vista del enemigo extranjero con un puñado de valientes dignos de mejor suerte, todos desnudos, muertos de hambre, y que no será remoto sucumban, aunque fia mucho en su bravura y entusiasmo su afectísimo amigo.—I. Zaragoza.—Aumento.—Estoy recorriendo mi campamento: ya está el enemigo al frente.”

Retiradas las fuerzas despues del combate, creyó conveniente imponer al supremo gobierno de los motivos todos de sus anteriores operaciones, del estado que guardaba el ejército, los movimientos que se proponia ejecutar, y puntos en donde, en su concepto, debia hacerse la principal defensa. La situacion era en efecto bastante grave: nada debia aventurarse sin que lo conociera el supremo magistrado, en quien la nacion habia depositado su confianza, y sin obtener tambien su superior aprobacion.

Las consecuencias, pues, de sucesos de tan vital importancia, solo se debian aceptar previo el acuerdo espreso de aquel supremo magistrado, ya que habia tiempo para recabarlo. Por esto Zaragoza dirigió al ministerio de la guerra, con fecha 2 de Mayo desde Amozoc, una estensa comunicacion dando cuantos informes le parecieron convenientes, y diciendo con fran-

queza lo que entendia que debia hacerse. La conclusion de este oficio contiene conceptos que pueden y deben servir de modelo donde quiera que se estimen en su justo valor, la subordinacion militar y el acatamiento y la obediencia á los gobiernos legítimos, y por esto he creido muy conveniente insertarla íntegra, tal cual aparece en la misma comunicacion oficial. Hé aquí esa interesantísima conclusion:

“Dejo espuestas las razones de la conducta que he observado y de la que me propongo seguir, esplicando los fines á que mis operaciones conducen; pero tambien estoy resuelto á batirme campalmente ó como el gobierno me lo ordene, con los enemigos que tengo cerca, sobre lo que espero se sirva determinar el C. Presidente lo que juzgue digno de su resolucion, seguro de que encontrará en este cuerpo de ejército un gefe con subordinados, que obedecerán sin réplica las sus premas disposiciones, con honor y lealtad hasta sucumbir con gloria.”

Aprobado que fué su plan, trató ya de ejecutarlo; pero desgraciadamente tuvo que atender á las fuerzas reaccionarias, en cuya persecucion destacó las brigadas O’Horan y Carbajal, con objeto de impedir que aquellas se incorporaran á las invasoras, al aproximarse á Puebla. El combate se trabó en esta ciudad el nunca olvidable 5 de Mayo, anticipándose un dia al en que lo esperaba Zaragoza. “Si el gobierno, decia al ministro de la guerra, con fecha 3 del mismo mes, haciendo un esfuerzo supremo me mandara violentamente mañana dos mil infantes, yo le aseguraria hasta con mi vida, que la division francesa seria derrotada precisamente el dia 6.”

Las operaciones se precipitaron, y Zaragoza tuvo que batirse sin este auxilio que llegó en la noche del dia 6, y sin las referidas brigadas O’Horan y Carbajal, contando solamente con una fuerza cuyo número no pasaba de 5,000 hombres.

Cuando en México, y casi por todos en general, solo se esperaba á lo mas una resistencia honrosa, pero siempre sin esperanza de triunfo, el telégrafo estaba trasladando minuto por minuto partes que anunciaban ser rechazadas las columnas de ataque que desprendia el enemigo, quien al fin tuvo que replegarse hácia la hacienda de San José.

Salvado estaba ya al oscurecer del 5 de Mayo el honor de nuestras armas, y el ejército francés solo trataba de su propia defensa: “Pero yo no podia atacarlo, dice el general en gefe,

“ en el parte que dió al supremo gobierno, porque derrotados como estaban, tenían mas fuerza numérica que la mia.”

¡Gloria á Zaragoza! ¡Remembranza eterna á los valientes que le acompañaron! México vuelve desde este dia á tomar significado digno ante el mundo entero; y tú, Zaragoza, serás conocido en su historia por el restaurador de su nombre, y se te llamará buen hijo, esclarecido patriota, guerrero invencible, sincero, leal y modesto republicano.....

Pero sigamos la relacion de los hechos.

Cuando el ejército invasor formalizó su retirada para Orizava, por muchos se creyó que el nuestro le causaría considerables daños, y aun su completa derrota. Quizá tambien Zaragoza abrigó algunas esperanzas, y animado de estas intenciones salió en su persecucion de Puebla, y aun llegó en Acatzingo el dia 13, á presentarse prevenido para el ataque. Pero á la vez que dictó al efecto sus disposiciones, pasó en persona á hacer un reconocimiento, y habiendo observado lo compacto del campamento enemigo, la buena colocacion de sus piezas, y de las posiciones que tomó para aguardarlo, no pudo menos que vacilar. “ Temí un mal resultado, le oí yo mismo decir, y temblaba por la suerte de la República, en este caso, por no haber ni en Puebla ni en la capital un ejército de reserva. Sin dar á entender mis temores, llamé á algunos de mis compañeros para observarlos, y creí notar en ellos mis mismas dudas. Entonces sin vacilar, pero tampoco sin que se conociera que desistia del ataque, ordené que se diera rancho á la tropa y se descansara un rato. Despues dispuse su marcha para diversos puntos, ya con el firme propósito de no batir al enemigo, ni en aquel lugar ni en otro alguno de su tránsito, supuesto que no me prometia poderme colocar en una posicion ventajosa.”

Ya en Orizava el ejército enemigo, una sola vez intentó un formal ataque sobre la plaza. Su combinacion fué unánimemente aplaudida, y á no ser por un descuido imperdonable de los oficiales que mandaban las fuerzas avanzadas en el punto importantísimo, ocupado ya, del Cerro del Borrego, el ataque se habria verificado al amanecer del dia 14 de Junio, y el ejército invasor se habria visto probablemente precisado á capitular ó á sufrir una completa derrota.

Atenciones del servicio le trajeron á esta capital el 20 del mes anterior, despues de haber recorrido los lugares en donde

tenia acampada su fuerza, y aunque procuró ocultar su venida, que en efecto no se supo hasta su llegada á esta capital, no bien lo verificó, cuando esparcida la noticia, el pueblo y sus amigos se apresuraron á saludarlo. Con ellos pasó casi todo el dia siguiente, siendo con frecuencia solicitado por grandes grupos de ciudadanos que con entusiasmo le victoreaban por las calles, y mas principalmente cuando se presentaba y recibia las comisiones que le mandaban para felicitarlo.

Sus mismos amigos le obsequiaron con un almuerzo y despues con una comida, en la que por última vez le vimos con testar con afabilidad y sumamente conmovido, á los elogios que se le tributaron en los espresivos brindis que le dirigieron el C. Presidente y algunos particulares. Zaragoza hacia recaer el mérito de la accion del 5 de Mayo en sus compañeros, en el valiente ejército que tenia el honor de mandar, y protestó á su nombre, que sucumbiria primero que dejar manillar el decoro nacional, en cuya patriótica tarea sabia bien que seria secundado á su vez, por el pueblo de esta capital y el de la República toda, que pelearia con el mismo valor y entusiasmo. Dijo que la atencion de aquel ejército era esclusiva á solo el preferente objeto de la guerra estrangera: que habia en él union íntima, subordinacion y disciplina, y tenia ciega confianza en el Supremo Gobierno, quien podia obrar con entera libertad, y con la plenitud de sus poderes, seguro que no encontraria las menores trabas en el mencionado ejército. “ Todos los que lo componen, añadió para concluir, son mis hijos, mis hermanos, y yo solo le ruego al Supremo Magistrado que haga por que se les proporcione cuanto contribuya á satisfacer sus mas precisas necesidades, ya que las escasas generales no permiten atenderlos en todo, como estoy seguro que lo desea el mismo digno Magistrado, y ellos se lo merecen.....” Esta fué su despedida, y despedida para siempre de sus amigos de México.

El 22 por la mañana partió con sus ayudantes por la diligencia para Puebla, de donde siguió para el cuartel general, y despues fué á visitar las fuerzas que estaban en las Cumbres de Acultzingo.

De esta espedicion regresó enfermo, y como se agravara, se le condujo hasta Puebla como lugar de mayores recursos para atenderlo y asistirlo. El telégrafo nos anunció el dia 4 su regreso, y al dia siguiente ya se habia generalizado la in-

fausta noticia de encontrarse atacado de la peligrosísima fiebre tifóidea.

La ansiedad se representaba en todos los semblantes por saber de su interesante salud; pero inexorable el destino, cortó los días del joven guerrero á las diez y diez minutos de la mañana del día 8, según se comunicó por el mismo telégrafo.

Sus últimos votos fueron por el bien y prosperidad de su patria: sus delirios recorrer el campamento, marchar, batir, triunfar de nuestros injustos invasores, y no se olvidó en ellos de hacer marcar la dolorosa y profunda indignación que le causaba la conducta de los traidores. Para ellos sus últimos anatemas; para la nación, para el pueblo, para la democracia y el progreso, su alma, su corazón, su espada, su misma vida. Murió, cuando todos se habían ya convencido de su valimiento é importancia en la guerra extranjera, y los republicanos le consideraban como la mas firme columna de las instituciones, su campeón esforzado é incorruptible; á la vez que sus enemigos en opiniones, le respetaban y admiraban. Murió, cuando también en las repúblicas del continente americano comenzaban á referirse sus gloriosos triunfos, y á elogiar su nombre, que gustosos colocaban al lado de sus héroes mas queridos.*

Así concluyó su corta vida el general Ignacio Zaragoza. La nación reconocida le ha decretado distinguidos honores, sin olvidarse de su tierna hija, de su inconsolable madre y de sus hermanas, á quienes ha señalado pensiones decorosas. Acordó también que se le hicieran solemnes honras fúnebres, con cuyo objeto fué trasladado su cadáver á esta capital, y depositado en el salón de sesiones del Palacio Municipal hasta el

* En Lima se publicó con fecha 5 de Julio por D. Arnaldo Márquez, un elogio de Zaragoza, una brillante composición en la que se leen los versos siguientes,

Y en la misión magnífica y fecunda
Que llenas hoy sobre tu patrio suelo,
Siguen nueve naciones
La luminosa huella de tu espada
Con ansiedad profunda;
Y á cada paso que en tu senda avanzas
De peligros cercada,
Palpitan de sublimes esperanzas
Todos los corazones.
¡Ah! Feliz tú, que el corazón conmueves
De cuarenta millones.

dia 13 que se pasó, con un inmenso acompañamiento presidido por el mismo Supremo Gefe de la Nación y sus Ministros, al panteon de San Fernando. Allí se pronunciaron sentidos discursos al tiempo de la inhumación, y se advirtió mas principalmente el dolor de que estaban poseidos los concurrentes. Esos discursos y las circulares y decretos espedidos con este infausto motivo, son en verdad fieles intérpretes del sentimiento nacional; y como en ninguna parte puedan ser mas oportunamente reproducidos que en este escrito, cuyo objeto es dar á conocer al hombre de quien ellos se ocuparon, insertaré íntegros los mas notables, añadiéndole así un digno y muy honroso complemento.

En obsequio de la brevedad y para no hacer pesado este relato, he omitido referir algunos otros combates de menor importancia en que se encontró el general Zaragoza, así como algunos rasgos de su vida pública, que también recomendaban su carácter inflexible para reprimir el crimen y su humanidad para con el desvalido y para con el soldado, á quien jamás vió padecer con indiferencia. Pero sí añadiré, que mereció también por su amor á las instituciones, su recto juicio y su inmaculada reputación, el voto de uno de los distritos electorales del Estado de México para que lo representara en el Congreso general, cuyas funciones concluyeron el 16 del presente mes.

De Zaragoza solo nos queda su memoria, y esa memoria es necesario perpetuarla. Sus restos, aunque inanimados, recuerdan hechos que servirán de estímulo á sus fieles compañeros, á todos los buenos patriotas. Su nombre, nombre sin mancha, nombre imperecedero, dará fuerza en los combates al brazo del soldado del pueblo que tanto le amó, y nunca olvidará que lo condujo el 5 de Mayo para dar una severa lección á los valientes que mil veces habían sido vencedores en Europa. ¡Que como él tengan fé, que como él llenen su misión aquellos á quienes la patria encomienda la defensa de sus derechos y el buen lustre de sus armas!

México, Setiembre 30 de 1862.

Manuel Z. Gómez.